

1.^a parte. La Santa Eucaristía, Luz Misterio.—Las tres bases de la creencia católica.—El Libro.—La Institución.—El Hecho.—El Libro no basta, tanto porque no contiene toda la suma de fe, como porque se necesita un sello y garantía de su autenticidad y sentido, que es la Institución ó sea la Iglesia, intérprete de la Santa Eucaristía y depositaria de la Tradición, su complemento.—El Hecho, es la Santa Eucaristía.—Hecho consumado, y que sigue consumándose—y no sólo en el orden sobrenatural, sino en el natural.—Santas Formas *incompactas*.—Prodigios que no explica la ciencia.—Es, pues, luz que completa y afirma el dogma para el mundo.

2.^a parte. *El Sacrificio*, ennoblecido y perfeccionado en el culto católico por la Eucaristía.—Necesidad del Sacrificio y de la religión positiva, para formación y subsistencia de la sociedad.—Preterición de los sacrificios gentílicos y aun de los de la ley natural y mosaica.—La unidad, base íntima de las sociedades, realizada por el sacrificio Eucarístico.—El culto católico, prestando por él vida al mundo científico y artístico.

3.^a parte. *El Sacramento*, sosteniendo é inspirando la moral.—La unidad.—La paz.—El idioma universal.—*El protestantismo y las sectas*.—La moral, llamada universal.—Causas de la inmoralidad social.—El mismo mundo lo confiesa, y la busca en la moral cristiana y en la Eucaristía.—Preterición breve sobre las conversiones operadas por el Sacramento.—Recopilación de la triple división del plan.—Súplica.

SERMON

DEL DULCE NOMBRE DE JESÚS.

Et vocabis nomen ejus JESUM; ipse enim salvum faciet populum suum à peccatis eorum.

Y llamarás su nombre Jesús; porque Él salvará á su pueblo de los pecados de ellos.

(Matth. I-21.)

Cada uno de los cuatro sagrados escritores de la narración evangélica tiene un carácter diferente, que comienza á señalar desde el principio de su respectivo libro: simbolizados los cuatro evangelistas en aquellas otras tantas misteriosas visiones que contemplara Ezequiel en las riberas del Chobar, en la tierra de los Caldeos, la faz del hombre corresponde á San Mateo, que trata en su escrito de la sagrada humanidad del Salvador; como la del león á San Marcos, que comienza el suyo con la predicación y penitencia del precursor en los desiertos; la del becerro á San Lucas, que considera á Jesucristo Sacerdote, y la del águila á San Juan, que, remontando el vuelo como la reina de las aves, contempla la divinidad del Redentor en su más alto y elevado origen.

Por eso San Mateo, al comenzar estableciendo la genealogía del esperado de las gentes y sobre todo del pueblo de Dios, parte inmediatamente desde Abraham en la Ley natural, y avanzando rápido y conciso, sin fijarse más que en la familia que debía producir á David, atraviesa en la escrita la época

gloriosa de los Jueces, tocando en Ruth, la moabita, como señal del *Schilo* ó universal Mesías de las tradiciones del universo, para cobijarse en seguida con el Arca de las promesas bajo los pabellones de Israel, y venir luego á los palacios de los Reyes de Judá hasta la cautividad babilónica; terminada la cual, se aproxima por Matán y Jacob á José, padre putativo de Jesús, según la carne, y esposo legal de María, que dió á luz, siendo Virgen, al Salvador del mundo.

Y penetra en seguida sencilla y lacónicamente también en el adorable secreto de la Encarnación del Verbo en las entrañas de esa Mujer bendita y afortunada; y nos pinta con vivos y naturales colores la admiración y la lucha interior de su Santo Esposo á consecuencia de los resultados de la operación del divino Espíritu en el seno virginal de María, y refiere la aparición del ángel en misterioso sueño para tranquilizarle; y al hacerle sabedor del misterio, el evangelista pone en boca del celestial mensajero hasta el Nombre de ese Niño divinamente concebido cuanto ansiosamente esperado.—*Y le llamarás, le dice, Jesús, porque El salvará á su pueblo de los pecados de ellos.*

No lleva este nuestro Jesús, dice bellísimamente á este propósito San Bernardo, un nombre impuesto á capricho, un nombre desnudo de significación y vacío de sentido, que ese nombre significa *Salvador*, y le ha sido puesto en la ceremonia legal de la Circuncisión, añade el santo abad de Claraval, por los hombres, porque antes de su nacimiento se lo habían impuesto ya los ángeles; doble Salvador, concluye el santo padre, de los ángeles y de los hombres: de los ángeles, desde su creación; de los hombres, desde el momento dichoso en que por nuestro amor tomó la naturaleza humana.

Por esta razón la Iglesia, siempre maestra, siempre inspirada, siempre oportuna y elocuente, ha sabido compendiar de una manera admirable en la oración del oficio de este día todas las grandezas de ese Nombre y toda la maravillosa extensión de su significado, llamándole *Jesús*, manifestando la voluntad

de Dios de constituirle Salvador del género humano é imponerle ese mismo dulcísimo Nombre, como consecuencia y señal de su misión sobre la tierra; y por último, después de ponderar la veneración que le debemos, concluye confiando en la vista de ese Salvador y en la lectura, digámoslo así, de ese Nombre, en el eterno libro de los cielos.

No me apartaré yo, ciertamente, hijo sumiso de la Iglesia y admirador entusiasta de su especialísima divina oratoria, de los términos que fija á mi discurso en este día, de las bases que para él me presenta y de los recursos que puede prestar su inspiración infalible á mi pobre y escasa elocuencia; y apoyado, desde luego por lo tanto, en esa oración sublime y bellísima, os presentaré al dulcísimo Nombre de Jesús bajo dos sencillos pero elevados respectos.—En la tierra, como Salvador y venerando.—En el cielo, como remunerador y glorioso.

Adorable Jesús de mi corazón: no yo, ciertamente, sino la Escritura Santa ha sabido decir *que todo el que invocase vuestro Nombre será salvo*: pues bien; invocándole yo en estos momentos, espero confiado en vuestra bondad y en vuestro poder, que de mis pobres y manchados labios han de salir, no obstante, palabras de dulzura y de fuego á la vez para enardecer y cautivar los corazones de mis oyentes en amor de ese Santo Nombre, cuya gracia os pedimos por la intercesión de Aquella, á la que saludó otro espíritu celestial, llamándola por su Nombre también inefable.

AVE MARÍA.

Me place, hermanos míos, insistir, porque me recrea mucho, en la preciosa idea de San Bernardo: *Salvador del ángel y del hombre*; y aunque al final volveré por lo mismo á reproducirla, quiero fijar ya desde ahora vuestra ilustrada y piadosa atención sobre esta circunstancia.

Conocían los espíritus celestiales ese Nombre y toda la magnífica extensión de su admirable significado desde los días

de su creación, como expresa el Abad claravalense, y les sonaba tan bien, sin duda, y les alegraba tanto, y se embriagaban tan santamente en su omnipotencia y en su dulzura, y sobre todo en la idea del *Salvador*, que no contentos con pronunciarlo por uno de sus compañeros en la presencia de José, y de apellidarle salvación del mundo, al darle la explicación etimológica de ese Nombre inefable, vuelven á reproducirla al aparecerse á los pastores para anunciarles el nacimiento de Jesucristo.

No temáis, dice el paraninfo celeste á los sencillos guardas de los ganados, atemorizados por la claridad inusitada que les circunda, *porque he aquí que os anuncio un grande gozo que será para todo el pueblo: que hoy os ha nacido el Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David.*

Ya lo veis, mis hermanos; es tanta y tan amante la prisa que el ángel tiene de anunciar al *Salvador*, que prescinde ya del nombre personal para fijarse en el etimológico; y no habla del *Rey inmortal de los siglos*, ni del *Príncipe de la Paz*, ni del *Padre del siglo futuro*, que vaticinara el hijo de Amós, sino concreta y sencillamente de *el Salvador*, de *el Cristo*, ungido expresamente para salvarnos.

Con ese Nombre dulcísimo é inefable, bajo esa denominación omnipotente y consoladora, que en frase de un Santo Padre es dulzura en los labios, melodía en el oído y gozo en el corazón, es sujeto ese Niño adorable á la dura ley de la circuncisión, por más que parezca ceremonia indigna para un *Salvador*, y mejor propia para los que hubieren de ser salvados; pero en esta mezcla admirable de lo divino y de lo humano, de lo elevado y de lo humilde, de la tierra y del cielo, comenzada en la unión hipostática y terminada en la Cruz, cabe la dignidad del Nombre con la humillación de la Majestad redentora; por eso nace de mujer, pero de mujer virgen; por eso se reclina en un pesebre, pero es anunciado por los ángeles y visitado hasta por los soberanos de la tierra.

Y bajo esta denominación y Nombre augusto comienza y

termina su misión dulcísima y consoladora en el mundo. Él ha venido, en frase del ángel enviado á José, para salvar á su pueblo del pecado; y como las consecuencias del pecado son las aficciones, la enfermedad y la muerte, y la rebelión de los elementos contra el pecador, y el temor, y el cansancio, y el hambre y la sed, y los dolores y turbaciones todas, en fin, de la mente, del corazón y hasta de la naturaleza física del hombre, Jesús se constituye desde luego, y á todas horas, y por todos estos conceptos en Salvador de su pueblo, por el que ha de padecer y morir para alcanzarle la salvación eterna, y adquirirse á la vez para sí un Nombre eterno, en afirmación de las Santas Escrituras.

Por eso claman á Él, como Salvador, los ciegos de Jericó, los paráliticos de Cafarnaum y de la Piscina, los Centuriones y los Régulos, los Príncipes de la Sinagoga y las hermanas de Lázaro: por eso sosiega la tempestad furiosa del lago ante el clamor de sus espantados discípulos, lanza los espíritus inmundos de los cuerpos de sus desdichadas víctimas, alimenta las turbas en el desierto, y hasta en la agonía y en la Cruz, cuando los hombres de la Ley, cada vez más obstinados en despreciar la salvación que se les ofrecía, paseaban con insultante menosprecio, moviendo sus cabezas por delante de aquel sagrado patíbulo para blasfemar ese Nombre dulcísimo y la idea por Él y en Él realizada, confesando que había salvado á otros, pero desafiándole á salvarse á sí mismo, la naturaleza se estremecía, como si pidiera en su mudo y aterrador lenguaje esa salvación que la infeliz Sinagoga despreciaba, y la muerte soltaba sus presas, y los sepulcros estallaban, y los cuerpos de los santos se aparecían, según la narración evangélica, para testificar la salvación hecha por Jesús, y alabar ante el universo su Santo Nombre.

Seguid hojeando, siquiera ligeramente, el Santo Libro, y veréis ese mismo Nombre y esa misma misión realizada por medio de los seguidores de Jesús: en el de los Hechos Apostólicos, oiréis al Príncipe de los Apóstoles proclamar la grandeza

y omnipotencia salvadora del mismo ante el pueblo congregado en derredor del Pórtico de Salomón, admirando la curación del tullido: había pedido una limosna, y recibía, en nombre de Jesús, salud y soltura en sus miembros; no hay, concluía el Santo Apóstol al arrojar valerosamente al rostro del pueblo deicida su espantoso crimen, no hay ningún otro nombre bajo el cielo, aquí en la tierra, dado á los hombres, sino éste, en el cual podemos ser salvos: no os admiréis, pues, ni menos intentéis, asombrados israelitas, concluiré yo, arrojaros á las plantas de Pedro y de Juan, como los gentiles á las de Pablo y Bernabé, teniéndolos por divinidades: no lo hemos sanado nosotros, os dirá el Vicario de Cristo: lo ha sanado el Nombre de Jesús.

Mirad, señores, por un momento, á San Pablo, derribado en el camino de Damasco en el instante mismo en que se acercaba á la ciudad que había escogido para teatro de sus sangrientas hazañas; el hijo de Benjamín, que debía ser, según la predicción de Jacob, lobo rapaz de madrugada, y corderillo humilde al declinar el día, escucha la voz potente que responde á su aterrado acento. *¿Quién eres, Señor? Yo soy Jesús, al que tú persigues:* y cuando Ananías, el discípulo de Cristo, atemorizado á su vez, al recibir la intimación del Cielo para visitar y devolver la vista al ciego Saulo, expone en su sencillez á Dios, que el discípulo de Gamaliel es tenido por perseguidor de su Santo Nombre, recibe esta terminante respuesta, confirmación de la grandeza y universalidad salvadora de ese adorable Nombre.—*Marcha: éste es vaso de elección para Mí, y ha de conducir mi Nombre en presencia de las Gentes, de los Reyes y de los hijos de Israel: Yo le revelaré cuánto ha de padecer por mi Nombre.*

¡Nombre de salvación y de consuelo, de veneración y de amor, por el cual es dulce el oprobio y la persecución, y muy dulce la fatiga y el trabajo, y dulcísima la muerte! ¡Nombre de exaltación y de poder, de paz y de concordia, de gigantescas empresas y de victorias para la fe, y de inefables delicias

para el corazón! Preguntadlo si no á Bernardino de Sena, apaciguando la Península italiana, empapada en la sangre de los güelfos y de los gibelinos, por la invocación de este dulcísimo Nombre, que repartía por todas partes inscrito en pedazos de madera, como recuerdo del Jesús que murió en la Cruz; interrogad á Ignacio de Loyola, aplastando bajo el peso divino de ese santo y salvador Nombre, la malhadada reforma de Lutero; decidme quién enseñó á María Ana de Jesús sus cantares y sus virtudes, y la hizo grande y santa desde niña ante la presencia de la Corte y de Madrid; recordad á Teresa de Jesús, y recordaréis todo un poema de glorias, y de trabajos, y de imposibles superados, y de carismas, y de gracias, y de consuelos, y de saber, y de santidad, y de todo; que bien podía decir esa eminente española de este santo y dulcísimo Nombre lo mismo que de él había escrito ya San Bernardo: ¡todo alimento espiritual me parece poco sustancioso y agradable, si no está condimentado con este aceite santo, y sazonado con la sal de ese Nombre admirable! ¡Si escribo, no puedo leer si no leo allí Jesús; si hablo, discuto ó conferencio en alguna forma ó manera, me parece vano y fútil todo si no se refiere á Jesús!

Pero este Nombre, hermanos míos, por lo mismo que es *Salvador, es venerando* y digno de adoración y de respeto; por eso la Iglesia, con lógica y precisión siempre admirable, ha sabido unir y enlazar estas dos ideas en la oración de este día, estableciéndolas como indispensables é indiscutibles premisas para lograr la consecución de la tercera, ó sea la contemplación y vista del Nombre *Salvador y adorado* de Jesús en su *remuneración* y en su *gloria*.

Hay una ley, señores, que es ley lo mismo del mundo físico que del mundo intelectual y moral, lo mismo para el ángel que para el hombre, lo mismo para el universo de la naturaleza que para el de la gracia, lo mismo en el tiempo que en la eternidad; ley inevitable, ineludible, y que por otra parte está como grabada en el corazón, en la mente y en el sentido íntimo de la humanidad; y esta es la ley de la adoración.